

ARTÍCULO RESEÑA

EN BUSCA DE OTROS CUERPOS, CONTAGIOS E INFLUENCIAS. NOTAS SOBRE *LETRAS ARREBATADAS*, DE GERMÁN LABRADOR-MÉNDEZ

FRANCISCO LEAL
Colorado State University

Letras arrebatadas: Poesía y química en la transición española (Madrid: Editorial Devenir, 2009), de Germán Labrador-Méndez, es un riguroso estudio sobre una heterogénea sección de la poesía española que se relacionó con las drogas —principalmente la heroína— a partir de los años 70. «Drogas, poesía y transición» sería un subtítulo más *pop* pero menos acertado, pues la química de la que habla el crítico sobrepasa las sustancias. El tema es alucinante por su originalidad y la osadía de meterse en la farmacia de la poesía, y además porque Labrador-Méndez se arma de una batería crítica que equidista de la ingenua admiración por las drogas, como también de su mojigata y devastadora postura prohibicionista. Es un libro consistente pero también es muchos libros: todos muy bien escritos, investigados y pensados. Por eso las 500 páginas del trabajo que intercala relatos, recortes, historias y poemas, se disfrutan y se desean más.

Labrador-Méndez trabaja diferentes discursos y aproximaciones, y opera en los recovecos de los archivos, los bares, las librerías de libros nuevos y viejos, en conversaciones, entrevistas o bibliotecas, saca información y pega en el libro clips de época, álbum de fotos, y documentos de su paso por catacumbas, manicomios, y los desafiantes acometidos de las lecturas que sugiere. Todo para pensar la poesía drogada: territorio indisciplinado. Labrador-Méndez reflexiona sin las redes de seguridad de una disciplina o método: se crea y monta su propio salvataje conceptual. Su trabajo toma el riesgo de relucir más

las preguntas que las posibles respuestas. Louis Althusser decía en su autobiografía *The Future Last Forever* que el filósofo materialista era aquel que se subía a un tren en marcha para bajarse en cualquier punto con el tren en movimiento. Celebraba esa filosofía más que las filosofías de estaciones y horarios, de partidas y llegadas predeterminadas, preguntas a respuestas ya sabidas. Labrador-Méndez no es materialista pero sintoniza con la osadía *western* de pensamiento de Althusser al reflexionar subjetividades sociales y poéticas en los contornos evanescentes de la «química», la contaminación, el nomadismo, la improductividad, la clandestinidad, la criminalidad, la locura entre otras virtudes que a veces se forman en torno a las drogas.

La definición y genealogía del «texto drogado» —para Labrador-Méndez— es «aquel texto poético o narrativo cuyo discurso se ve transpirado por la presencia de un fármaco psicoactivo, como marco narrativo, como sistema retórico y metafórico o como argumento o eje causal en su construcción» (48). El texto drogado también está inducido por una retórica, pues «posee una poética propia, entendida ésta como un sistema lingüístico que comprende su propio léxico, su propio sistema metafórico [...] es decir, como el lenguaje que permite «identificar un texto como perteneciente a una tradición específica [que] configuran por medio de la intertextualidad un universo semántico y lingüístico propio donde situarse y reconocerse como miembros de una misma estirpe» (52). La poesía drogada se influencia tanto del fármaco como de un linaje de textos, del romanticismo, pasando por la vanguardia, para ser mezclados con heroína, desencanto, política y otras drogas en España.

La estructura general del libro consta de dos partes principales. La primera arma un mapa conceptual que inicia sus preguntas y análisis literarios, sociales y culturales de la poesía drogada de la transición de España. La segunda parte son atentos estudios sobre diez poetas. A simple vista procede de lo general a lo particular, como indica el manual. Pero *Letras arrebatadas* se concentra en la irrenunciable singularidad de las poéticas que estudia. Las poéticas pueden ser ejemplares solo en el sentido que se representan y sostienen a sí mismas, con sus propias leyes e influencias. Las reflexiones sobre poesía de Labrador-Méndez hacen pensar que fue Leopoldo María Panero el que lo llevó a leer a Derrida, y no necesariamente al revés. Y con Derrida, la poesía de Panero ganó una conceptualización evanescente capaz de pensar su singularidad resaltando su fuerza creativa y de transformación.

Además de identificar conceptualmente la poesía drogada y sus poetas, el libro de Labrador-Méndez es un excelente trabajo sobre la «Transición» española. El contexto sociopolítico y su relación literaria no son utilizados como 'marco histórico' para informar lo que estaría diciendo la poesía, sino inversamente: su pregunta es sobre las siluetas que la poesía drogada expele sobre la transición española; su parte reprimida. Un foco del trabajo es recrear la transición española, esta vez con algunos de sus excluidos. Labrador-Méndez crítica las 'historias oficiales', la política de los gobiernos y del mercado editorial español que resaltaron ideas de nación, de juventud, de compromiso político y también de literatura bastante excluyentes. Las historias que presentan las poesías «menores» y las experimentaciones físicas de los poetas, como también sus tragedias y silenciamientos, sin duda reconfiguran, multiplican, distorsionan, enriquecen o desmantelan la imagen transicional de las sociedades de España. Las drogas en general, pero sobre todo la heroína —pese o gracias a la 'condena social' y el silencio que las rodea—, también marcan grupos, asociaciones químicas o poéticas que el estudio rescata del silencio del que a veces ni sus protagonistas o sobrevivientes la quieren sacar. Pensando críticamente la poesía drogada, Labrador-Méndez le agrega un ingrediente fundamental a las historias literarias y culturales de la España post franquista; por eso afirma que «la transición será farmacológica o no será» (18).

El libro detalla críticamente la arremetida de la heroína en España concentrándose en los escritos que salieron de esas mezclas. El libro explica claramente cómo parte fundamental de los desastres de la heroína y otras drogas son la prohibición y el silenciamiento. ¿Qué sucedió cultural y literariamente con la heroína en España? es una de las preguntas que cala este trabajo. Por lo tanto la política del libro no radica en meterse «antropológicamente» en un tema impuro y por lo mismo atractivo, sino en cómo estudia la composición de lugares de visibilidad literaria y cultural. La recomposición de un espacio, sumando a los que no han sido contados, es una de las definiciones de la política (Rancière). Las poéticas que estudia por eso son también formas «radicales de una ciudadanía que pueden ayudarnos a saber cómo se constituye nuestro mundo y a imaginar cómo podría ser» (9).

Además de meter una aguja en la sangre de la transición para hacerla circular —esta vez mezclada con otros elementos— el libro se destaca por la estructuración, conceptualización y la atenta lec-

tura de los textos drogados en los que se basa. El estudio se informa de diferentes fuentes. La filosofía de Labrador-Méndez se nutre de los conceptos de «literatura menor» de Deleuze y Guattari, y la relación entre escritura y fármaco de Jacques Derrida. Los usa sin adoración, pero con provechosa precisión: «La farmacia de Platón» es uno de los textos derridianos más citados en la lacónica literatura drogada, pues revisitando el *Fedro* de Platón, el filósofo deconstruccionista vincula la escritura con una dialéctica de remedios y venenos, y permite proponer a Labrador-Méndez que la escritura como ejercicio es inseparable de una «entidad farmacológica» (21).

«Literatura menor» es otro de los conceptos que sobresale en este trabajo. Extraído de la colaboración Deleuze/Guattari en *Kafka: Por una literatura menor*, Labrador-Méndez resalta su consistencia de «textualidad conflictiva, inacabada, performativa, que en su mismo proceso de construcción, genera e investiga los puntos débiles de una relamida discursiva en busca de sus ventanas, portales y salidas» (27). Pero de dónde más provechosamente se nutre el crítico es en lo que muy rústicamente llamaría «sensibilidad literaria», pues de la literatura extrae, por ejemplo, las metáforas del vampiro y del espejo, y otras narrativas que dejo al lector la tarea de degustar. El minucioso trabajo de rastreo y escritura de grupos, personas, revistas, poemarios, recuerdos, sociedades que no suelen aparecer en la «historia», que no cuentan con un mapa, un campo, hace que *Letras arrebatadas* adquiera casi la atmósfera de una novela negra, o deja al menos en claro las virtudes de sus aceites narrativos.

Labrador-Méndez resuelve y plantea muchos problemas metodológicos sobre los textos drogados en su introducción (45-61), trabajo no menor pues los textos drogados suelen venir desorientados, merodeando los bordes de los géneros: la confesión, la narrativa, el testimonio y casi siempre solo oscuramente inducidos a la poesía. La iniciativa conceptual que resuelve el crítico aliviana varios dilemas de una literatura que se caracteriza por su porosidad.

¿Qué sucede con el sujeto de la escritura y su capacidad artística bajo los efectos de una droga heroica? La droga desmonopoliza del genio la fundación del poema, pero también conlleva a uno de los problemas más comunes en el estudio de la literatura drogada, el que se refiere al «verdadero consumo» de los autores de textos drogados. Labrador-Méndez no tarda en aclarar que «[que] el autor del texto haya consumido o no narcóticos o alucinógenos antes de escribirlo o que sea el recuerdo de una experiencia de alteración de la

conciencia lo que conforma el texto nos es imposible de averiguar [...] pero dicha base empírica (la preexistencia de una verdadera experiencia psicotrópica) carece de importancia» ya que en su trabajo crítico «pretende analizar la droga, sino el discurso de la droga, su representación». (48). Estas claridades conceptuales abundan en el estudio.

Labrador-Méndez arma un batería conceptual para su trabajo que sin duda marca una pauta de investigación para futuras acometidas, y se une a la secuencia de los trabajos de Antonio Escohotado, Juan Carlos Usó, Alberto Castoldi en Europa, y de Marcus Boon entre otros en Norte América, sobre literatura, drogas y culturas. La bibliografía sobre la farmacia literaria es escueta pero también lúcida.

Letras Arrebatadas tiene muchos y más interesantes pliegos que lo descrito acá, por lo que les insto a acercarse a esta investigación ya sea fragmentariamente o con arrebatos. Del crítico se puede decir, entre otras cosas, que desarrolla una lectura sensible, inteligente y no solo temática de la poesía. Para los que conocíamos ligeramente los trabajos de Leopoldo María Panero y Ana Rosetti, y poco sabíamos de Eduardo Haro Ibars o Fernando Merlo, este estudio —alejado del panorama— es una apetitosa carnada para acercarse a sus poesías. Los conceptos que maneja y crea, y la fluida manera con que los expresa, resaltan la singularidad de su escritura, que también libremente crea un espacio no narcisista de cavilaciones, cambios de dirección y por supuesto del asombro. Se nota que este trabajado estudio lo ha llevado también a aventuras dichas. En la introducción el autor señala que *Letras arrebatadas* es el primer volumen de una trilogía titulada *Culpables por la literatura y la contraclave* (9). Las cualidades de este estudio me hacen pensar felizmente en esas futuras apariciones.

BLANK PAGE